

Tristeza imborrable

Diana Marcela Arango Hurtado

El 19 de febrero de 2008 viajé con mi curso al Amazonas. Recuerdo mi llegada puntual al aeropuerto y la emoción de todos. En principio, llegamos a Puerto Nariño que queda a unas dos horas de Leticia, viajando en lancha. Al llegar, tomé mi Samsung fucsia para llamar a mi papá. Hablamos de todo un poquito, hasta de la novela "Pura Sangre" que estaban presentando en televisión.

El viaje duraría hasta el 24 de Febrero, día de regreso a Cali. El sábado 23 ya cansados, visitamos la última comunidad. Ansiosa por llegar al hotel de Leticia para descansar, sentía que algo no marchaba bien. Debido a la falta de señal en mi celular, había perdido comunicación con mi familia.

A eso de las 2 de la tarde del sábado, al recuperar la señal de mi Samsung, llamé a mi papá para contarle sobre el viaje pero la llamada marcaba buzón. Volví a insistir en la noche y sucedió igual. Desesperada empecé a llamar a la casa y me contestaron con voz de llanto. La profesora que nos acompañaba llamó a mi madre y al colgar me dio la noticia: Mi padre había fallecido esa misma tarde.

Mi dolor era muy grande. No tenía cabeza para nada aunque mis compañeros estaban allí para apoyarme. Por mi mente pasaban sus recuerdos. No conseguía aceptar su muerte. Al llegar a Cali y ver su cuerpo en el ataúd, mi mundo se vino abajo. Lo único que quedaba era el penetrante olor a formol. No lo volvería a ver más y eso era lo más duro.

Ver a mis abuelos, me partía el corazón. Sabía que todo cambiaría y tendría que apoyarme en mi familia para seguir con mi vida. Traté de desahogarme en una carta que le escribí a mi papá el lunes 25 de Febrero. Quería que se llevara algo de mí y supiera cuanto lo extrañaría. Entre lágrima y lágrima iba haciéndome a la idea de su partida. La misa fue muy bonita. Muchas personas nos brindaron su apoyo incondicional. Recuerdo como poco a poco, con lentitud, su ataúd iba bajando a ese hueco que parecía no tener final. Cada grano de tierra que caía sobre él, era una lágrima que derramaba mi ser.

No fue fácil volver al colegio pues me invadía su recuerdo. Sin embargo, debí seguir adelante no solo para terminar mis estudios sino para rendirle un tributo a él. Para demostrarle a mi papá que a pesar de las adversidades no me iba rendir. Extrañaba los súper desayunos de los domingos que nos preparaba a mi hermano y a mí. Me hacían falta su risa, sus enojos, sus juegos, sus chistes, su todo, durante los quince años y dos meses que compartí con él. Tenía algo claro que debía aprender a vivir sin él.

Empecé llenándome de fortaleza con la ayuda de Dios quien me dio su aliento para continuar y aceptar la muerte de mi papá. Seguí hasta ser lo que soy hoy, graduada del colegio y estudiante

de primer semestre de Medicina en la Universidad. Día a día despierto con ganas de vivir y ser mejor, a pesar de las múltiples dificultades.